

# ESCRITORES MURCIANOS EN LA POSTGUERRA ESPAÑOLA

ANTONIO CRESPO

La literatura surgida en la postguerra murciana queda como difuminada por la distancia del medio siglo transcurrido. Hay libros que se han olvidado del todo e incluso autores de los cuales apenas existe memoria. Y es que han sucedido tantas cosas en los últimos cincuenta años, ha evolucionado la vida de tal manera, que al asomarnos a la década de los 40 nos parece contemplar un mundo lejanísimo.

Eran tiempos difíciles, esperanzadores quizá, pero de gran penuria. Todo estaba racionado en el país, menos la capacidad de soñar. Y fueron esos sueños –en forma de poesía, de novela, etc.– los que aportaron un poco de ilusión hacia las letras a los murcianos de entonces.

Las primeras muestras de la “nueva” literatura se inscribieron en el ámbito del teatro, porque resultaba mucho más fácil montar una obra escénica con apoyo de grupos no profesionales que intentar la edición de un libro. Y curiosamente, uno de los primeros estrenos fue un sainete escrito en el habla de la huerta por el “panochista” Emilio Martínez, más conocido como “Emilio el de los Muebles”. Se tituló *Un panochista hasta la cepa*, en un acto y en verso, al que siguió, muy poco después, otro de iguales características: *Dende Murcia a la Arboleja*. Ambos fueron representados con éxito de público, tanto por el ingenio de algunos fragmentos como por la necesidad que tenía la gente de reír, después de tres años nefastos. También asomó a los escenarios por aquel tiempo nada menos que una opereta, género absolutamente insólito en la literatura murciana, si bien se trataba de una obrita infantil; la escribió Pedro Pérez de los Cobos y le puso música el maestro Julián Santos, con el título de *Sueños de niña*. Citaremos igualmente *La*



*princesa Blancanieve*, de Diego Sánchez Jara, escrita –y representada– con un propósito educativo, de cara a un público de poca edad.

Con más pretensiones, creó Antonio Aguilera su *Torre de Babel*, cuyo tema, algo audaz para la época, era un adulterio, y su tesis, la idea de ser preferible una bella mentira a la crudeza de la realidad. Aguilera trabajaba en Radio Murcia como presentador de programas y director de un cuadro artístico de aficionados. Poco después estrenó –y publicó incluso– *Cantigas de Alfonso X*, una evocación de la vida del Rey Sabio, en una línea de teatro histórico a lo Marquina o Pemán, salvando las siderales distancias. Rafael García Velasco, por su parte, estrenó en Espinardo *Pimentonera*, “boceto de comedia” en un acto y verso. Algo más tarde, Joaquín García y Federico García Izquierdo (1) –éste, con el seudónimo de “Florián de Arjona”– estrenaban en el Teatro Reina Victoria, de Madrid, una obra de tema arábigo-murciano, titulada *La leyenda de Zaida*, nuevo exponente de la búsqueda de inspiración en el pasado (2).

En otra línea muy distinta, la del auto simbólico, se situó la obra del lorquino Rafael Sánchez Campoy *No pudo ser y fue*, en un prólogo y siete estampas, estrenada en su ciudad natal, con partitura de Manzanera y Corbí. Representaba la lucha entre el bien y el mal y, según testimonios de la época, estaba escrita con verso fluido (3).

Las obras citadas dan idea del tono claramente “evasivo” del teatro murciano de la época, debido a que la situación del momento –con las heridas recientes de la guerra y sus secuelas de pobreza– no podían inspirar más que piezas pesimistas, nada acordes con el triunfalismo oficial. De ahí esa general inclinación hacia las gestas históricas o los cuentecillos ingenuos.

Un murciano residente en Madrid, Manuel Augusto García Viñolas, periodista de buena pluma, publicó en la Editora Nacional *Vía Crucis del Señor en las tierras de España*, conjunto de catorce meditaciones para cada una de las tradicionales “estaciones” de la liturgia cristiana, con fotografías de imágenes destrozadas durante la guerra civil (4).

También se publicaron algunos libros de poesía en este inicio de la postguerra. Entre ellos, *Mi Niño, mis padres, mi Mula y mis afectos y Ofrendas carcelarias*, del clérigo Antonio Sánchez Maurandi, con versos referidos a sus meses de cautiverio durante la contienda.

(1) García Izquierdo publicó, años más tarde, tres libros de poesía; el más notable, *Tremendo soliloquio* (1969).

(2) Esta obra, que sepamos, no ha sido representada nunca en Murcia.

(3) Más adelante, estrenaría *Cesarión*, un larguísimo drama histórico cuya representación duró ¡cinco horas y media!...

(4) García Viñolas fue autor, posteriormente, de *Los pasos contados* (1962) y de diversas monografías sobre pintores.



Simultáneamente, se produjo en Cartagena un movimiento literario de interés, por impulso de varios escritores veteranos. El estudio del pintor Vicente Ros se convirtió en lugar de lectura de obras inéditas de autores de la localidad, y a él acudían Benítez de Borja, Esteban Satorres, Rodríguez Cánovas y otros. Y se publicaron *Entre rejas*, versos de Andrés Soler Manzanares, escritos en la cárcel, y *Cartageneras*, de Andrés Barceló, con cantares de sabor popular.

En Murcia-ciudad se editó *Breviario murciano*, de Carlos García Izquierdo, un recorrido sentimental por la capital murciana, a través de una treintena de trabajos cortos, de matiz muy localista: costumbres desaparecidas, edificios importantes, personajes que alcanzaron relevancia, como Belluga, Saavedra Fajardo, etc., y mil cosas más, como las viejas calles, las hornacinas, los belenes...

Al comenzar el año 1942 el panorama internacional era absolutamente sombrío, con una Europa en plena guerra. En España se vivían aún los llamados “años del hambre” y seguían las restricciones de papel, que dificultaban la publicación de libros y hacían casi imposible la salida de revistas literarias, para las que había que solicitar complicados permisos.

Surgieron, sin embargo, *Apoteosis del grano de trigo*, inspirados versos del franciscano Fermín María García, con un lenguaje sereno, sin artificios; *Dulcisonía del amor filial y otros poemas*, del médico jumillano Lorenzo Guardiola Tomás; *Rapsodias*, del colaborador de prensa Ángel Vergel, que reunió poesías de diferentes épocas, de temática popular y con reminiscencias de Ricardo Gil, y –en un nivel muy inferior– *La revolución desde la cárcel*, calificado de “poema histórico” por su autor Sánchez Maurandi. Este sacerdote, incansable en todos los géneros literarios, imprimió en Mula su drama en verso *Promesa que vence a un pacto*. Y siguiendo en lo teatral, es menester mencionar *San Juan de Dios*, de Antonio Aguilera, muy superior en altura de miras a su realidad literaria.

Otro murciano ausente, Raimundo de los Reyes, periodista en Madrid como Viñolas, editó en la capital de España *Árbol*, breves y armoniosas composiciones que confirmaban su inspiración poética apuntada en algunas obras anteriores. En *Árbol* predominaban las décimas, pero también se recogían romances y diversos poemas de metro corto. “Fruto de madurez”, llamó un crítico a este volumen.

En el último día del año 1942, la Diputación concedió por primera vez sus premios literarios, con los que se abría la posibilidad de editar libros nuevos. Fueron muy numerosos en esta oportunidad, si bien la dotación económica se quedaba en poca cosa, dada la obligatoriedad de imprimir cada autor, por su cuenta, los originales galardonados. El “Polo de Medina” de poesía se dividió entre Francisco Cano Pato y Dictinio de Castillo-Elejabeitia, por sus respectivas obras *El ámbito del lirio* y *La avena de Dafnis y otros poemas*, con sendos accésits a Raimundo de los Reyes y Lorenzo Guardiola. El “Saavedra Fajardo” también se



repartió entre Manuel Fernández-Delgado Marín-Baldo, por *La devoción contemplativa* (5) y Diego Sánchez Jara, por *Juicio contra tiranos*.

El libro de Cano Pato se mantenía fiel a la estética del autor, para quien la poesía era, ante todo, “un ejercicio de intimidad”. En su libro se advertían, perfectamente asimiladas, las influencias de Jorge Guillén, Salinas y Alberti, así como de varios clásicos españoles. El de Castillo-Elejabeitia, gallego residente en Murcia, fundía armoniosamente los nostálgicos recuerdos galaicos en la alegre luz mediterránea; la perfección formal de los poemas, su musicalidad y ritmo, constituían sus mayores virtudes.

En 1943 se dio a conocer como novelista el yeclano José Luis Castillo Puche, con una obra breve, *Bienaventurados los que lloran*, publicada en “La Verdad” en cinco entregas; una narración juvenil, inmadura, pero reveladora de su capacidad literaria, demostrada diez años más tarde en *Con la muerte al hombro*.

También en aquel año se publicó *Figuras, leyendas y paisajes (Colección de romances)*, de Alberto Sevilla, un veterano murcianista, recopilador cuidadoso de tradiciones y costumbres (6). Revivían en estas páginas tipos muy característicos de la historia local, tradiciones curiosas –la de los “descabezados” o la de la Rueda de la Ñora– y descripciones muy atinadas sobre diversos lugares.

En el campo de la poesía encontramos *Alerce*, de Jaime Campmany, que había ganado el “Polo de Medina” a los 18 años, con todo lo que esto comporta de esperanzador y titubeante. Y en el terreno de la novela, la presencia imprevista de una mujer, María Alburquerque, con *Pequeña beldad*, un argumento de tono sentimental en rebuscados escenarios cosmopolitas. Aunque la obra no aportaba calidad alguna a la novelística de la época –tiempos de *Nada*, de Carmen Laforet, en una órbita totalmente distinta– hay que valorar el hecho de que una escritora iniciase en aquellos difíciles años su carrera literaria en Murcia.

A señalar también, como rareza, la salida de una revista cultural, *Arrixaca*, de muy breve vida, en la cual colaboraron muchos escritores y periodistas del momento, como José y Pascual Sánchez Moreno, Luis Peñafiel, Leopoldo Ayuso, Salvador Jiménez, Muñoz Alonso, Luis Esteve, Sánchez Jara, Antonio de Hoyos, José Ballester... y varios más sin vinculación a Murcia, como Gerardo Diego o Dionisio Ridruejo. También salió un valioso libro sobre *Fajardo el Bravo*, del investigador Juan Torres Fontes, casi comienzo de una bibliografía de extraordinarias dimensiones más adelante.

(5) Obras posteriores de este autor fueron *Literatura de evasión* (1959), *La gran tribulación* (1961) y *Palabras sobre la huerta* (1978).

(6) Anteriormente, había publicado *Gazapos literarios* (1909), *Vocabulario murciano* (1919) y *Cancionero popular murciano* (1921). Tras su muerte apareció *Temas murcianos* (1955).



Estos años 1943 y 44 fueron muy fecundos para José Ballester, director del diario "La Verdad" y uno de los más finos escritores de la tierra. Se editó su conferencia sobre *Personalidad artística de Murcia dentro de la variedad nacional*, su guía urbana *Alma y cuerpo de una ciudad*, que ahondaba en la esencia de lo murciano con inteligente percepción, e incluso una novela, premiada por la Diputación. *Sueños* –que así se titulaba– modernizaba el tema calderoniano de Segismundo; era obra de "tempo lento", de cuidadosas descripciones de lugares y destacaba por la pulcritud de su estilo y algunas sutiles evocaciones de personajes reales –como María Guerrero y Díaz de Mendoza– entre los seres de ficción.

El Teatro Romea registró en 1943 el estreno de la zarzuela *María Jesús no olvidó*, del prolífico Antonio Aguilera, con música de Antonio Celdrán. Y en el escenario del Cine Imperial se pudo ver *La niña de los rosales*, del murciano José Pastor, en colaboración con Amado Blázquez, una obrita en la que se mezclaban comicidad y dramatismo.

Carmen Conde editó en Madrid, con el seudónimo de "Florentina del Mar", varios títulos de literatura infantil y, más destacadamente, la novela *Vidas contra un espejo*, un género al que volvería después, algunas veces, como un remanso de su dedicación poética. Y Castillo-Elejabeitia publicó otro volumen de versos, ahora en la colección "Adonais", bajo el título de *La canción de los pinos*, con motivos gallegos y murcianos, igual que en su libro anterior.

\* \* \*

El final de la guerra mundial pareció estimular en 1945 el afán creador de los autores murcianos, quizá porque significaba un resquicio de posibles mejores tiempos. Salió la revista universitaria "César", de tono muy combativo y crítico, dirigida por Salvador Jiménez en su primera época. Y se creó una juvenil Academia "Saavedra Fajardo", bajo la inspiración del profesor Valbuena Prat y con la presidencia efectiva de Juan Barceló, que organizó conferencias en la Facultad de Letras (a las que se sumaron las de Colegios mayores y Sociedad de Amigos del País) y también recitales de poetas nuevos, como Gonzalo Sobejano, Carlos Talamás, Adrián Miró, Carmen Escribano, etc. En el Romea se estrenó otra zarzuela, *La Virgen del Río*, de Francisco Fernández, con partitura de José Sandoval, donde se narra la historia de dos novios, cuyas relaciones quedaron rotas por la codicia paterna y que veían repetirse en sus hijos el amor que en ellos se frustró.

La poesía se manifestaba con amplitud, al menos oralmente. En libro, Salvador Jiménez dio a conocer *La orilla del milagro*, premio "Polo de Medina" 1945, siendo todavía estudiante de Letras; en sus páginas tocaba temas tradicionales – Dios, la mujer, la muerte, el mar... – con delicada sensibilidad. Por su parte, Francisco Sánchez Bastida editó *Cauce*, subtítulo "Del sentir y del pensar", con versos en los que predominaba el romance. Y desde Madrid llegaba como un



estímulo la voz firmísima y muy personal de Carmen Conde, que confirmaba su talento poético con *Ansia de la gracia*, editado por “Adonais” y una de sus mejores obras.

En otoño de 1946 se inició en Murcia la colección “Azarbe”, creada por Campmany, Jiménez, García Abellán y J.M. Díez. Publicó “entregas” de poesía, ensayo e incluso teatro, dedicadas a un solo autor cada vez, y números de variada colaboración sobre la Navidad, la primavera, el mar, la Semana Santa, etc. (7).

“Azarbe” duró hasta finales de 1948, con un total de 15 números, en los que difundió obras que de otro modo quizá no hubiesen visto la luz jamás. Literariamente, el año 1947 estuvo bajo el signo de esta colección, de presentación limpia y agradable, que se inició con García Abellán y su *Adolescencia del gozo*, merecedora de elogios de Valbuena, el cual destacó su “fluidez emocional, temblante, sencilla, honda”.

Castillo-Elejabeytia aportó *En la costa del sol*, con referencia no a la de Málaga –que aún no había patentado el eslogan– sino a la murciano-alicantina. Eran versos sonoros, un poco enfáticos a veces, pero perfectos de ritmo y muy brillantes en la adjetivación, con Mazarrón, Benidorm, Ifach, Altea, etc., como lugares de inspiración.

Alemán Sainz, en *Un hombre llega de lejos* (Misterio en seis tardes de hotel), abordó el género teatral, en el que después no insistiría (8). La pieza revelaba el ingenio y la ironía del autor, aunque las cualidades escénicas no fuesen notables.

Un libro de Diego Torres, con el escueto nombre de *Poesía*, reunía con carácter póstumo los textos literarios de este escritor, muerto tempranamente. Campmany mejoró su calidad poética respecto a su libro inicial, en *Lo fugitivo permanece*, donde nos habló del arroyo y la estrella, el pájaro, la rosa y la espiga, en versos de buena estructura formal. La entrega de Fernández-Delgado *Desde aquí*, de género epistolar, recogía tres cartas supuestamente escritas desde el frente de guerra ruso, en las que la nostalgia matizaba los recuerdos murcianos. Salvador Jiménez, por su parte, demostró en *Alabanza de ti* su madurez poética, sobre todo en unos poemas el nombre de la amada, a sus mejillas, a sus pies descalzos... (9).

Al margen de esta colección, hay que citar la publicación en Madrid de otros dos libros de Carmen Conde –*Sólo la luz* y, sobre todo, *Mujer sin edén*–, donde su voz poética, original y vigorosa, alcanzaba altas cimas de calidad. En el campo de la novela, una segunda incursión de María Alburquerque en este género, con

(7) Más detalles, en mi monografía “La colección Azarbe y su tiempo”. Murgetana nº 69, 1986.

(8) Excepcionalmente, en mayo de 1955 estrenó *Los barcos siempre llegan de noche*, en la Casa de Flechas, de Falange.

(9) Mucho más adelante, dio a la imprenta *Espanoles de hoy* (1966), libro de entrevistas, y *Papel de leja* (1989) y *Una naranja azul* (1995), poesías.



*William Sugden*. Su tema era el enfrentamiento de dos culturas, la oriental y la occidental: un proyecto ambicioso, pero nunca alcanzado en estas páginas, en las que se mezclaba un cierto naturalismo con elementos un tanto irreales.

De tema religioso recordaremos tres obras de aquel tiempo: *Illuminando la figura del doctor angélico San Antonio de Padua*, del franciscano Deodato Carbajo; *De la vida y del martirio de un siervo de Cristo*, del prolífico Sánchez Maurandi, y *Dolor del alma en el Vía Crucis del Señor*, breves meditaciones de Carlos García Izquierdo.

Es preciso mencionar también el *Libro de loas*, publicado en Madrid por Antonio Oliver, donde la fina sensibilidad del escritor murciano se manifestó con rotundidad.

Entre 1948 y 49 aparecieron todavía bastantes títulos interesantes. En primer lugar, *Argos*, de Castillo-Elejabeytia, su mejor obra sin duda: un espléndido canto al mar, que mereció traducciones a varios idiomas –francés, italiano, alemán, griego, etc.– y alcanzó una segunda edición en Murcia, dos hechos insólitos en la literatura local. También en poesía, *Imagen y verso*, de Cano Pato, de mejor calidad que *El ámbito del lirio*, pero fiel a su misma estética. Y *Momentos*, bellos poemas del padre Fermín María, inspirado en las cosas pequeñas, sencillas y cotidianas, como las que gustaban al santo de Asís. De Julio Álvarez Gómez fueron *Campo del recuerdo* y *Las manos*, con poesías delicadas y, a la vez, alegres, porque, como él mismo dijo, “la poesía es como una gracia y el que tiene vocación de poeta no puede estar triste”.

Retornando al teatro, mencionaremos *La marquesita Fe*, zarzuela en verso, en un acto y tres cuadros, original de Francisco Sánchez Bastida con música de Antonio Celdrán, que se estrenó en el Teatro Romea en febrero de 1948 y se imprimió muy poco después.

Ricardo Guirao, otro murciano establecido en Madrid, dio a conocer *Cartel de España*, con sonoros versos. Casi a la vez, salieron en nuestra región *Galería impresionista*, de Eduardo Carbonell de la Cruz, *Reflejos de la ciudad*, de José de Jodar, que inició una revista de literatura y arte, titulada *Tauro; Molino de alegría (Cancionero de infancia y otros poemas)*, de Benítez de Borja y –de mayor interés– *Lirios de Compostela*, de Castillo-Elejabeytia.

Antonio Aguilera, que continuaba su euforia creadora, publicó *Cayetano de Santa María*, inferior, según la crítica, a su anterior drama sobre Alfonso el Sabio; no obstante, la estrenó en el Teatro de la Comedia, de Madrid, interpretada por él mismo.

En el terreno del ensayo, López Ruiz y Eusebio Aranda publicaron *Vida y obras de Clemencín*, con buena documentación. Llamó más la atención en aquel mo-



mento, por su tratamiento desenfadado, *Saavedra Fajardo y otras vidas de Murcia*, de Alemán Sainz, libro muy elogiado por el profesor Baquero Goyanes, debido especialmente a su evocación de Juana de Castilla. Casi a la par, Muñoz Alonso escribió sobre Sócrates y Eugenio d'Ors en *Mayeútica y heliomaquia*, y Víctor Sancho acerca de Cascales, Polo de Medina y otros clásicos, en *Ensayos de Murcianidad*; ambas obras, en la colección "Azarbe". Ensayos también, aunque de matiz histórico, fueron *Murcia, en los primeros años de la guerra de la Independencia*, de Jiménez de Gregorio, y *Notas sobre pintura de los siglos XIV al XVII en Murcia*, de Sánchez Moreno. En el ámbito de la prosa poética, hay que citar el *Libro de Elche*, de Salvador Pérez Valiente, editado en Madrid.

La novela estuvo representada en esos años por *Una ciudad*, del ciezano Manuel Martínez Ortiz, y *El toro de Viandar*, del cartagenero Santos Bozal. Este género tenía pocos cultivadores en la Murcia de la postguerra, ya que, además de sus exigencias propias, tropezaba con una mayor dificultad para su edición, por sus mayores dimensiones respecto a la poesía.

Cartagena aportó otros títulos mencionables: *Folklore cartagenero*, de Federico Casal; *San Isidoro de Cartagena* y *Cartagena, primera plaza fuerte espiritual de España*, de Puig Campillo ambos, y *Cartagena en el último tercio del XVIII*, de Rodríguez Cánovas.

Cecilio Valcárcel estrenó en el Romea, con una compañía propia, su comedia *Los años perdidos*, un poco en la línea de Benavente, que estaba todavía en su apogeo. Y en el mismo teatro, el cartagenero Pedro Miguel Rosique presentó su *Santa María de Murcia*, de carácter poético-alegórico, inspirada en los amores de la ciudad y el río e interpretada por la compañía Tirso de Molina.

En 1950 salieron varios libros nuevos de poesía, como *Cuatro esquinas*, del unionense Asensio Sáez, "versos llenos de luz", en frase de Felipe Sassone (10), y *Hombre del pueblo*, breves pero prometedoras páginas de Fernando Martín Iniesta, ciezano y buen autor teatral posteriormente (11).

*Aquella Murcia...* recogía en homenaje póstumo los mejores versos "panochos" de Francisco Frutos Rodríguez, heredero del ingenio versificador de su padre, Frutos Baeza, con leyendas populares y romances.

En Cartagena surgieron los libros *Albas y ocasos*, de Antonio Cano Jiménez, y *Molino de agua*, de Alberto Colao, importante editor, años más tarde.

(10) En fechas sucesivas ha publicado *Libro de La Unión* (1957), *Parte de Murcia* (1979), *La Unión, su antología* (1979), *Libro de las cuatro estaciones* (1985), *Cuentos* (1986), *Boda civil y otros cuentos* (1994)...

(11) Desde 1956 ha estrenado *Yatto*, *La señal en el faro*, *Los enanos colgados de la lluvia*, *El parque se cierra a las 8*, *No hemos perdido aún este crepúsculo*, *Quemados sin arder*, *La herencia de lo perdido*, *El barco en la botella*, *Cantón...*





En el terreno del ensayo, nuevamente, destacó *Gálvez, Tornel y Maestre (Tres vidas murcianas del siglo XIX)*, de Alemán Sainz, donde la erudición cedía paso a la hipótesis literaria, con lo que se ganaba indudablemente en amenidad. Alemán Sainz poseía una especial facultad para evocar la Murcia decimonónica, sin caer en lo “costumbrista”. Su obra posterior fue muy abundante y valiosa (12).

En 1951 apareció la revista *Sazón*, dirigida por Basilio Fuentes Alarcón. Tuvo una trayectoria corta –sólo seis números– y entre sus colaboradores estuvieron Cano Pato, Asensio Sáez, Martínez Mena, Carmen Conde, Juan Barceló, Gonzalo Sobejano...

Este último fue autor del libro *Eco en lo vacío*, premio “Polo de Medina” y, sin duda, la mejor obra en verso de aquel año. Rafael García Velasco, que iniciaba como editor la aventura de sus populares *Cuadernos murcianos* –prolongados meritoriamente hasta finales de los 80–, publicaba *Carne y alma* (13), mientras que desde Madrid, pero pensando en su tierra, Raimundo de los Reyes creaba su *Cancionero de la Preciosísima Sangre*, inspirado en el Cristo de Nicolás de Bussi (14).

Se estrenaron varias obras teatrales en Murcia-capital y en la provincia: *La Nochebuena de Grecio*, drama lírico del padre Fermín María García; la zarzuela *La Marquesita Mari-Rosa*, de Félix Carrasco, con música de Francisco Aroca; *Los gerifaltes*, de Lorenzo Guardiola, con partitura de Julián Santos (15); *El doctor Serra*, comedia cómica de Salvador Martínez M. Manzanera...

Jesús Frutos reunió una colección de artículos en *Jirones de vieja prosa*; Fernández-Delgado Maroto dio a conocer su *Elogio de la piedra*, y el mencionado padre Fermín María puso sensibilidad y lirismo en *Corazones y rosas*, su poemario más logrado hasta entonces (16).

El arte fue tema de *Salzillo*, de Sánchez Jara y Leopoldo Ayuso; los viajes sirvieron de motivo a Sánchez Maurandi para *De Murcia al Vaticano*, y la historia cobró vida en la *Historia de Yecla*, de Fausto Soriano.

(12) Recordemos en narrativa, *La vaca y el sarcófago* (1952), *Cuando llegue el verano* (1953), *Patio de luces y otros relatos* (1957), *Carta bajo la lluvia* (1962), *Regreso al futuro* (1969)... y en ensayo, *Teoría de la novela del Oeste* (1953), *Martínez Tornel, periodista de un tiempo* (1967), *Libro del fuego* (1972)...

(13) En verso ha publicado, además, *Primicias de la luz* (1970), *Romancero panocho* (1974), *Homenajes...* (1979).

(14) Obras suyas posteriores son: *Ripios del día* (1958), *Estampas murcianas* (1960) y, publicadas póstumamente, *Un ángel me acompaña* y *Los caminos del silencio* (1966 ambas).

(15) Guardiola publicaría más tarde *Las riendas en la mano* (1967) y los ensayos históricos *El Peliciego* (1974) y *La aventura carlista de Miguel Lozano* (1974), entre otros títulos.

(16) Su mejor libro llegaría bastante después: *Llanto general por Guatemala* (1986), calificado de “portentoso” por el profesor Díez de Revenga.



Finalmente, diremos que la presencia literaria de Cartagena no faltó tampoco en estos años. En un recuento rápido es inevitable citar, por lo menos, *Corimbo*, de Antonio Para Vico, editado por su viuda; *Libro de horas*, de Antonio Gimeno Miguel; *Devocionario íntimo*, de Andrés Soler Manzanares; *Manantial*, de Esteban Satorres, y, desde Madrid, *Illuminada tierra* y *En manos del silencio*, de Carmen Conde, admirables versos, en el primer caso, y bella prosa, en el segundo, anticipadora de su posterior novela *Las oscuras raíces* (17).

Fueron años de inquietudes literarias, con algunas obras, como hemos visto, de cierta significación, y que concluimos en los inicios de la década de los 50, cuando la postguerra, más o menos, puede considerarse terminada.

---

(17) La bibliografía de Carmen Conde es extensísima. Recordaremos, aparte los títulos citados, algunos otros como *Derribado arcángel* (1960), *Los poemas del Mar Menor* (1962), *Jaguar puro inmachito* (1963), *Corrosión* (1975), *Cita con la vida* (1976)...

